



ARZOBISPADO METROPOLITANO DE TRUJILLO

MENSAJE EN LA CONMEMORACIÓN DE LOS FIELES DIFUNTOS

Apreciados hermanos y hermanas.

Un día después de la solemnidad de Todos los Santos, nuestra Madre la Iglesia, celebra la Conmemoración de todos los Fieles Difuntos. Es importante enfatizar que se trata de una **celebración**; por lo tanto, no es un día de tristeza, de lamento, de luto; sino un día de esperanza. Por eso, los invito a hacer un **itinerario espiritual**, iluminados por la Palabra de Dios y la fe en la vida eterna.

¿Por qué rezar por los difuntos?

La oración por nuestros queridos difuntos tiene su fundamento en la verdad de *la resurrección y en la comunión de los santos*. Creemos que Jesucristo ha resucitado, y que resucitaremos con Él: “Si hemos muerto con Cristo, creemos que también resucitaremos con él” (Ro 6,8). Rezar y ofrecer sacrificios por los difuntos es un práctica “santa, y piadosa”, “para que se vean libres de sus pecados”, como enseña el Segundo Libro de los Macabeos (12,46). Esta es una práctica que siempre ha estado presente en la Iglesia.

Es comprensible que por la situación actual de la pandemia no podemos honrar a nuestros difuntos en los cementerios para llevarles flores, encender una vela, rezar junto a sus tumbas. Pero, esta limitación física no nos impide expresarles nuestros sentimientos, nuestra cercanía y oración. Porque desde la intimidad de nuestros hogares, reunidos en familia, podemos “estar” con ellos. Recordemos que cada familia es una iglesia doméstica, entonces podemos armar en nuestro hogar un pequeño altar para hacer memoria de nuestros seres queridos, orar por ellos, especialmente participando de la Eucaristía, que por ahora sólo podemos tener de manera virtual. ¡Qué hermoso y grande regalo le hacemos a nuestros difuntos cuando oramos por ellos; pero, más hermoso todavía cuando oramos en familia. ¡No dejen de hacer esto, por favor!. ¡Es maravilloso!.

Este tiempo ha sido particularmente difícil para todos aquellos que han perdido a sus seres queridos y no han podido acompañarlos en sus últimos momentos. Tampoco han podido honrar sus cuerpos como es la costumbre cristiana, lo que ha ahondado aún más su sufrimiento. Sin embargo, la Palabra de Dios sale al

encuentro para iluminar esos momentos de dolor y duda: “Tu hermano resucitará” (Jn 11,23); “Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto vivirá”. (Jn 11,25). Estas palabras de la Sagrada Escritura nos ayudan a fortalecer nuestra fe y esperanza en la verdadera vida. Nos lo recuerda el prefacio de la misa de difuntos: “En Él, (en Jesús), brilla la esperanza de nuestra feliz resurrección y así, aunque la certeza de morir nos entristece, nos consuela la promesa de la futura inmortalidad. Porque la vida de los que en Ti creemos, Señor, no termina, se transforma, y al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el cielo”.

El ejemplo de los santos:

Me permito compartirles una narración judía sobre la muerte de Abraham: Cuando el Ángel de la Muerte viene a tomar su alma, Abraham, queriendo aferrarse a la vida, lo cuestiona con esta pregunta: “¿Has visto alguna vez un amigo desear la muerte del amigo?”. Y el Ángel de la Muerte le responde: “Y tú ¿Has visto alguna vez un amante rechazar el encuentro con la persona que ama?”. Entonces, Abraham comprendió que la muerte lo llevaría al encuentro con el Amado, no se resistió más, y dijo apresurado: Ángel de la Muerte, ¡llévame! Hermanos, sólo el amor es la fuerza capaz de transformar el miedo a la muerte en oportunidad para el encuentro con el Dios Amor.

San Francisco de Asís, que amó tanto al Cristo Crucificado, no tenía miedo a la muerte, hasta tal punto que la llamó “**Hermana Muerte**”. Los Santos esperaron la muerte con mucha serenidad, incluso la desearon; pero no a la muerte en si misma, sino en cuanto que ella es la puerta que lleva al encuentro con el Padre de la vida.

Entonces, hoy es un día de memoria: dirijamos nuestra mirada a los numerosos rostros que nos han precedido y que han finalizado el camino terreno. Descubramos cómo vivieron, cómo amaron, qué temieron, qué esperaron. Es ocasión para visitarlos en el sagrario de nuestros recuerdos, de nuestra memoria, y expresarles una vez más nuestro afecto y sentir su cercanía. Es también ocasión para renovar nuestra fe en la vida eterna. Renovemos aquella esperanza que recitamos en el Credo: Creo en la comunión de los santos, es decir, ese estrecho vínculo espiritual entre los que peregrinamos aún en este mundo y los que ya han alcanzado la eternidad. Creo en la vida eterna.

El Día de los difuntos nos invita a reflexionar también en nuestra propia vida. ¿Cómo estamos viviendo este tiempo maravilloso que Dios nos ha regalado?

Queridos hermanos, vivamos con intensidad cada día. Preparemos así nuestro encuentro con los que ya han llegado a la meta: nuestros difuntos. Vivamos con la esperanza puesta en la vida eterna. Y que la fe en la vida eterna nos dé la fuerza para vivir como auténticos hijos de Dios, nos dé el consuelo y la serenidad de saber que nuestros hermanos difuntos viven en Dios.

Pongamos en los brazos del Buen Pastor las almas de nuestros queridos difuntos. Sabemos que, bajo su guía, podemos confiar sin ningún miedo, porque Él conoce bien el camino, incluso a través de la oscuridad: **“El Señor es mi Pastor, nada me falta. En verdes pastos me hace reposar... Aunque que camine por valles oscuros, nada temo porque Tú vas conmigo, tu vara y tu cayado me sostienen”** (Sal 23).

Santísima Virgen de la Puerta, Madre de la Misericordia y la Esperanza, ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte, y ruega por las almas de nuestros familiares, de nuestros amigos y de todos los difuntos.

Paz y Bien.

+ MIGUEL CABREJOS VIDARTE, OFM
Arzobispo Metropolitano de Trujillo